

Sus obras poéticas están recogidas en un *Cancionero*, de que hay por lo menos cuatro ediciones, todas ellas de Toledo, la primera de 1508 (1). La mayor parte de las obras incluidas en esta colección fueron compuestas á instancias de los príncipes y de los más encumbrados magnates de su tiempo, y ostentan en su principio los nombres de la Reina Católica, del rey D. Fernando, de la reina de Portugal, de la duquesa

Benito y commissario del Sto. Officio en la villa de Medina del Campo y su partido... En Medina del Campo, por Francisco del Canto, folio).

La traducción inédita de las *Meditaciones* de San Agustín se conserva en la Biblioteca de la Historia (colección Salazar).

(1) *Cancionero de diversas obras de nuevo trobadas: todas compuestas: hechas y corregidas por el padre fray Ambrosio Montesino de / la orden de los menores.*

(Al fin): *Aquí acaba el cancionero de todas las coplas del reverendo padre fray Ambrosio montesino... Las cuales él mismo reformó y corrigió: estando / presente á esta impressión que fué fecha en la imperial ciudad de Toledo á XVj del mes de Junio del año de nuestra reparació de Mill y quinientos y ocho años.*

— Toledo, por Juan de Villaguirán, impressor de libros. *Acabose á veynte y cinco dias del mes de Mayo, año de mil et quinientos y veinte años.*

— Toledo, en casa de Miguel de Eguia. *Año de mil y quinientos y veinte e siete años.*

— Toledo, por Juan de Ayala. *Año de mil y quinientos y treynta y siete.*

D. Justo Sancha hizo el buen servicio de reimprimir esta obra en la curiosa antología que con el título de *Ramancero y Cancionero Sagrados* formó para la *Biblioteca* de Rivadeneyra (tomo 85).

En el *Bulletin du Bibliophile* de Techener (Paris, 1844, pp. 1157 á 1161) publicó A. Jubinal una noticia bibliográfica del *Cancionero* de Montesino (ed. de 1527) y de otros dos rarísimos libros españoles conservados en la Biblioteca-museo de Fabre (Montpellier). Notó acertadamente las reminiscencias de canciones populares, y fué el primero que transcribió íntegro el romance de la muerte del príncipe de Portugal.

del Infantado Doña María Pimentel, de la Condesa de Coruña, de Doña Guiomar de Castro, duquesa de Nájera, de los cardenales Mendoza y Jiménez, de la marquesa de Moya, de Doña Juana de Peralta, hija del Condestable de Navarra; de la condesa de Osorno, de Doña Mariana de Guevara, del prior de San Juan D. Alvaro de Zúñiga, de Doña Marina de Mendoza, y también de algunas personas más humildes, frailes, monjas y damas piadosas. Todo ello prueba la general reputación que el autor alcanzaba como autor de versos devotos, no menos alta que la que tenía como predicador. Y en verdad que la merecía, aunque sus propósitos fueran más bien espirituales que literarios. Escribía en verso «porque muchas veces saben mejor las cosas divinas á los que no están muy ejercitados en el gusto y dulzor dellas, cuando se les da »debajo de alguna elegancia de prosa ó de metro de »suave estilo, que cuando los participan por comunidad é llaneza de incompuestas palabras». Sus más extensos poemas son exposiciones casi teológicas, aunque en estilo muy liso y llano, de los misterios de la fe y de los pasos de mayor edificación en ambos Testamentos: *tractado del Santísimo Sacramento de la hostia consagrada: coplas del misterio de la santa visitación que la Reina del Cielo hizo á Santa Isabel: de la columna del Señor: tractado de la vía y penas que Cristo llevó á la cumbre del Gólgota, que es el Monte Calvario: coplas del árbol de la Cruz*. Fr. Antonio Montesino no es propiamente un poeta místico, sino un orador sagrado en forma poética, un expositor popular del dogma y de la moral cristiana, un teólogo que pone su ciencia al alcance de las muchedumbres con un fin no escolástico, sino de edificación práctica, valiéndose de aquellos símiles y razonamientos que más derechamente podían herir la inteligencia y enfervorizar la voluntad de sus oyentes. Por eso cae muchas veces en prolijidad, y otras en familiaridad desmayada, y dejándose llevar de su fácil vena, olvida muchas veces

dar color poético á sus versos, que corren con cierta fluidez insípida. Es indudable que esta poesía no tiene la elevación, el nervio y el decoro que mostró luego la musa religiosa en el siglo XVI; pero se recomienda por su propia simplicidad agradable y candorosa, por la ausencia de todo artificio y de toda reminiscencia literaria, por la absoluta y plena sinceridad de sentimiento que en ella rebosa. Aunque venido en época tan adelantada y culta, Fr. Ambrosio Monteseino parece un eco de los franciscanos del siglo XIII, y especialmente del Beato Jacopone de Todi, cuyos *Cantos Espirituales* conocía seguramente (1), y á quien se parece, sobre todo, en el enérgico realismo de sus pinturas satíricas. Así le vemos intercalar en las *Coplas de la Visitación de Nuestra Señora* una *doctrina y reprehensión* de las mujeres en sus tres estados de doncellas, casadas y viudas, donde se leen rasgos tan expresivos como éstos:

É las negras devociones
De misas, ermitas, velas,
¿Qué son más sino ocasiones
De torpes delectaciones,
Que es fruto de sus cautelas?
Si hablasen los rincones,
Bien darían señas expresas,
Por dó van las devociones;
Y del fin de los perdones
Y promesas.

.....
Mas la viuda cejihecha
Que por calles se derrama,
Á perderse va derecha,
Porque á todos da sospecha
De la muerte de su fama.

(1) Sin duda en su original, puesto que no fueron traducidos al castellano hasta 1586:

Cantos Morales, Spirituales y Contemplativos. Compuestos por el Beato F. Jacopone de Tode, Frayle menor. Traduzidos nuevamente de vulgar Italiano en Hespagnol (Lisboa, en casa de Francisco Correa, 1586).

Traen guantes engrasados
Y perfumes encendidos,
Mas no cabellos mesados,
Á los maridos pasados
Bien debidos.
Otras hay de torzalejos
Y de tocas azufradas,
Que por libros leen espejos,
Por curar defectos viejos
De sus caras estragadas.
.....
¡Qué deseos tan sobrados
Dar color á los carrillos,
Que después de arrebolados
Parecen perros asados,
Bermejuelos y amarillos!...

Versos que involuntariamente traen á la memoria el célebre sermón del penitente de la Umbria:

O femine, guardate
A le mortal ferute,
Nelle vostre vedute
Basilisco portate...

La misma semejanza se advierte en la reprehensión de las costumbres de los eclesiásticos seculares y regulares, sin perdonar á las *monjas lisonjeras, de entrecados apetitos*, ni menos á los prelados que viven en el fausto y opulencia mundana, y á quienes increpa con toda la cristiana libertad propia de un fraile menor, desposado con la pobreza:

Mas ¡ay! que algunos prelados
De la santa fe cristiana,
Tienen ya cuasi olvidados
Estos puntos señalados
De la cruz que mejor sana;

.....
Miremos esta cadira
Entre nuestras presunciones,
Y al Señor que en ella expira,
Sin rancores é sin ira,
Entre los tristes ladrones.

.....
No tienen guantes ni anillo

Las manos que nos formaron,
Mas clavos que con martillo,
Que es lástima de decillo,
En ti, árbol, se enclavaron.

Siguiendo, aunque de lejos, las huellas de su maestro en la bellísima canción,

Dolce amor di povertade,
Quanto ti deggiamo amare!...

hace Fr. Ambrosio la glorificación de la pobreza:

Pobreza es tesoro puro
Y gran bien no conocido;
Es del Evangelio muro,
Y recambio muy seguro
Que da el reino prometido.
.....

Pero donde la imitación de Jacopone es más visible, y también más afortunada, es en los pequeños diálogos de Navidad, compuestos probablemente para ser recitados ó cantados en conventos de monjas, como sabemos que lo fué alguno de Gómez Manrique. En estas sencillas y afectuosas representaciones *del pesebre*, Fr. Ambrosio imita hasta los metros del poeta italiano, y á veces se confunde con él en la expresión infantil y pura del regocijo que inunda su alma:

MARÍA. ¿Si dormís, esposo,
De mi más amado?
JOSEF. No, que de tu gloria
Estó desvelado.
¿Quién puede dormir,
Oh Reina del cielo,
Viendo ya venir
Ángeles en vuelo
¡Ay! á te servir
Tendidos por suelo?
.....
MARÍA. ¿Qué habedes sentido
En noche tan fría?
JOSEF. Señora, sonido
De dulce armonía,
Y el aire vestido

De tan claro día,
Que hasta los abismos
Se han alumbrado.

MARÍA.

Á mi parescer,
Esposo leal,
Ya quiere nascer
El rey eternal;
Así debe ser,
Pues que este portal
Claro paraíso
Se nos ha tornado.
.....

Fr. Ambrosio Montesino, no sólo participa mucho del carácter popular por las tradiciones de su orden y por la imitación deliberada que hace de los poetas franciscanos de Italia, sino por el gran número de elementos, genuinamente españoles, que toma de la poesía y música de nuestro pueblo. Y esta es precisamente la parte más curiosa de su *Cancionero*. Casi todas las poesías breves que en él se hallan, se escribieron para ser cantadas *al son* de otras profanas, que corrían entonces en boca de todo el mundo. Las coplas del Nacimiento, hechas por mandado de la marquesa de Moya, debían cantarse con el mismo tono de este villancico:

¿Quién os ha mal enojado,
Mi buen amor?
¿Quién os ha mal enojado?...

La lamentación sobre Cristo atado á la columna:

¡Oh coluna de Pilato!
El dolor que en ti sentí
Ha medio muerto á mi Madre,
Que no tiene más de á mí...

es una trova ó parodia de este cantar, que también glosó Juan del Enzina:

¡Oh castillo de Montanches,
Por mi mal te conocí!
¡Cuitada de la mi madre,
Que no tiene más de á mí!

Por encargo de la Reina Católica compuso unas coplas de San Juan Evangelista, *para cantar al son de «Aquel pastorcico, madre, que no viene»*. Las del nacimiento de Cristo, compuestas por mandamiento del provincial de San Francisco en Castilla, Fr. Juan de Tolosa, se cantaban al tono de la extravagante canción que principia:

La zorrilla con el gallo
Zangorromango... (1)

y otras que fuera prolijo apuntar repetían los sonos de

Á la puerta está Pelayo,
Y llora...
Ya cantan los gallos,
Buen Amor, y vete;
Cata que amanece... (2)
Nuevas te traigo,
Carillo, de tu mal.
—Dámelas hora, Pascual...

(1) Núm. 442 del *Cancionero Musical* de Barbieri.

(2) Esta linda canción se encuentra íntegra en el *Cancionero Musical* de Barbieri (núm. 413) con el nombre del músico Vilches, que armonizó á cuatro voces el villancico popular:

Ya cantan los gallos,
Buen amor, y vete:
Cata que amanece.
—Que canten los gallos,
Yo ¡cómo me iría,
Pues tengo en mis brazos
Lo que más querría!
Antes moriría
Que de aquí me fuese.
Aunque amaneciese.
—Deja tal porfía,
Mi dulce amador,
Que viene el albor,
Esclarece el día;
Pues el alegría
Por poco fenece.
Cata que amanece.
—¡Qué mejor vitoria
Darme puede amor,

este último uno de los más celebrados de Juan del Encina.

Cumplíase, pues, en las obras de Fr. Ambrosio Montesino aquel fenómeno literario que ya hemos reconocido como uno de los principales caracteres de la lírica de este tiempo: la transfusión de la poesía popular en la artística. Y si más comprobación quisiéramos, nos la daría el hecho de figurar en el *Cancionero* del predicador de los Reyes Católicos, hasta ocho romances impresos en líneas largas, como versos de diez y seis sílabas, que fué su primitiva forma: todos (á excepción de uno) de materia espiritual, como lo es el resto del *Cancionero*; pero llenos de reminiscencias de la poesía heroica y saturados todavía de su espíritu. Por la concisión enérgica, más parece romance caballeresco del ciclo bretón ó carolingio, que romance de fraile, compuesto en loor del patriarca de su Orden, el que Fr. Ambrosio hizo á San Francisco, por mandato del Cardenal Cisneros:

Andábase San Francisco
Por los montes apartado.
.....
Usaba de duras peñas
Por blanda cama y estrado.
.....
De espinas y duras guijas
No le defendió calzado;
Sayal áspero vestía
Junto al cuerpo remendado.
Su oratorio fué el sereno,

Que el bien y la gloria
Me llame al albor?
¡Dichoso amador
Quien no se partiese
Aunque amaneciese!
—¡Piensas, mi señor,
Que só yo contenta?
¡Dios sabe el dolor
Que se m' acrecienta!
Pues la tal afrenta
A mí se me ofrece,
¡Vete, que amanece!

El hielo más destemplado,
Y sumirse por la nieve
Desnudo y aprisionado.

.....
Silencio fué su lenguaje
Y los yermos su poblado;
Estregaba en los zarzales
Su cuerpo muy delicado,
Por tener dentro en la carne
Espíritu libertado.
.....

Hay, además, un romance de carácter no devoto, sino histórico, en este *Cancionero*; el de la muerte del príncipe de Portugal D. Alfonso, esposo de la hija primogénita de los Reyes Católicos, el cual sucumbió á los diez y seis años, en 1491, de una caída de caballo, cerca de Almeirín. Este romance que, si no es popular, merece serlo (y por eso le dió entrada Durán en su colección), es el que comienza:

Hablando estaba la Reina
En cosas bien de notar...

La rúbrica de este romance dice expresamente que le hizo Fr. Ambrosio Montesino; pero un descubrimiento de estos últimos años puede hacer dudar que sea enteramente suyo. El eminente Gastón París publicó en el número tercero de la *Romanía*, tomándola de un manuscrito francés de fin del siglo XV, una canción anónima sobre el mismo asunto, que difiere en ser mucho más breve é ir acompañada de estribillo; pero en la cual se conservan todos los rasgos poéticos y populares del romance de Fr. Ambrosio, en general con las mismas palabras. He aquí la canción:

¡Ay, ay, ay, qué fuertes penas!

¡Ay, ay, ay, qué fuerte mal!

Hablando estaba la reina—en su palacio real
Con la infanta de Castilla.—princesa de Portugal;
Allí vino un caballero—con grandes lloros llorar:
—«Nuevas te traigo, señora,—dolorosas de contar.
¡Ay! no son de reino extraño;—de aquí son, de Portugal:

Vuestro príncipe, señora,—vuestro príncipe real
Es caído de un caballo,—y l'alma quiere á Dios dar;
Si lo queredes ver vivo—non querades de tardar.
Allí está el rey su padre—que quiere desesperar;
Lloran todas las mujeres—casadas y por casar.

Cotejando este romance con el de Fr. Ambrosio (que va en el cuerpo de nuestra *Antología*), puede creerse, como creyó Gastón París, que Montesino refundió y amplió la canción popular, añadiendo ciertos pormenores históricos; ó bien preferir la opinión de Milá, que supone que algún juglar ó cantor del vulgo se apoderó del romance del fraile, abreviándole y conservando tan sólo lo que ofrecía carácter más popular. Para uno y otro sentir hay buenas razones, si bien yo, salvo el respeto debido á mi maestro, encuentro más verosímil en este caso la opinión de Gastón París (1).

Ni sólo por razones arqueológicas y de genealogía literaria es recomendable el *Cancionero* de Montesino, sino también por su intrínseco valor poético, el cual

(1) En el *Cancionero* de Resende hay varias poesías sobre este mismo argumento, entre ellas una de Álvaro de Brito. También se han conservado vestigios de él en la tradición popular portuguesa, como lo prueban estos versos de un romance de las Islas Azores, publicado por Th. Braga:

Vosso marido e morto | caiu no areal,
Rebentou o fel no corpo | en duvida de escapar.

que corresponden á los del romance:

Que cayó de un mal caballo,
Corriendo en un arenal,
Do yace casi defunto
Sin remedio de sanar.

(Vid. *Cantos Populares do Archipelago Açoriano*, publicados e anotados por Theopilo Braga, Porto, 1869, pp. 328-331.)

Jorge Ferreira de Vasconcellos compuso un romance erudito sobre el mismo asunto, que está en su *Memorial das Proesas da Segunda Tavola Redonda*, cap. XLVI, y reproducido en la *Floresta de varios romances* de T. Braga (1869), págs. 49 á 53.

no se manifiesta, á la verdad, en ninguna composición entera, como no sea de las más breves; pero reluce á cada momento en versos y expresiones y comparaciones felices que se hallan en muchas de ellas. Se aparece el ángel á Zacarías, y el poeta escribe con íntima delicadeza:

Fué su voz tan pavorida,
Que turbaba los oídos,
Tan delgada y recogida,
Cual no oyeron en su vida
Los nacidos...

No intentaré ciertamente comparar el himno de Manzoni,

Tacita un giorno á no sò qual pendice...

con las coplas de San Juan Bautista que hizo nuestro Fr. Ambrosio,

Con pasos acelerados
Iba la Virgen preciosa
Por los valles y collados...

Pero á falta del arte exquisito y del admirable poder de condensación lírica que tiene el poeta moderno, no puede negarse al antiguo cierto candoroso sentimiento de la situación, fielmente traducido por su lenguaje, que aquí no sólo es puro y terso, sino regocijado y lozano:

La luz eterna más clara
La esforzaba por de dentro.
¡Oh, bendito el que hallara,
Si en tal hora caminara,
Tal encuentro!
¡Oh, quién fuera pastorcico,
Que te viera y preguntara:
—¿Dónde vas, tesoro rico?
Dimelo, yo te suplico,
Con tan gloriosa cara!

¡Oh, si la vieras cuál iba,
Tú mi alma, esta princesa
Por aquel recuesto arriba!...

Vieras en ella colores
Diversas en fermosura,
Y del mucho andar sudores,
Más que bálsamo ni flores
De frescura...

Hacíala Dios un viento
Que entre los cedros rugía,
Que le puso pensamiento
No ser aire de elemento
Según su dulce armonía.

Fué Fr. Ambrosio Montesino el poeta favorito de la Reina Católica, y por encargo suyo escribió los últimos versos que ella pudo leer en su vida (1). Esta razón, sin tantas otras, bastaría para hacer simpático su nombre en la historia de la literatura castellana. Fué de los primeros en infundir el sentimiento místico en la poesía popular; y si pecó á veces por excesiva llaneza familiar, y muchos le aventajaron luego en perfección técnica, pocos le ganaron en sentimiento fresco y en ingenuidad primitiva (2). Ni dejó de poner en

(1) Estas coplas hizo fray Ambrosio Montesino, por mandado de la reina Isabel, estando su Alteza en el fin de su enfermedad.

(2) Véase esta risueña tabla del Nacimiento que levemente me permito restaurar, suprimiendo muchos versos inútiles para el sentido:

Su velo le puso encima
Al Niño por ornamento.
Y á los techos se le arrima,
Abriéndose del viento,
Y quedó el cabello exento
De la Virgen muy dorado...
Al sereno está la Reina
Con aire todo real;
No se lava ni se peina,
Mas no hizo Dios otra tal:
Como perla oriental
Dios en ella es engastado...

sus versos, con ser de materia tan ascética, algún recuerdo de la vida de su tiempo, que interesa más por lo inesperado. No sólo menciona, como era justo, la fundación del glorioso monasterio de San Juan de los Reyes «obra decorata», en que él fué uno de los primeros claustrales, sino que alude con cierta vaguedad y misterio lírico á los que comenzaban á volver de las tierras incógnitas halladas en Indias, y nos da razón de la curiosidad con que se recibía á los descubridores:

Mas de verlo diferente,
Y de otros niños mudable,
La Virgen, madre prudente,
No sabe cómo le hable,
Si como á Dios perdurable,
O como á niño empañado.

.....
A los mares embravece,
Y turbaba todo Egipto,
Y está aquí que no parece
Sino armiño ó corderito,
La teta mirando en hito,
Mas tal leche había probado...
De coronas muda sillas,
Mil reinos tiene en su seno,
Y apenas tiene mantillas,
Y por oro viste heno:
Yo quisiera, infante bueno,
Ser el barro de tu estrado.

.....
Con cien mil greñas aliña
Cuando despierta del sueño:
Jaspe ni dorada piña
Con él son valor pequeño,
Según que lindo y risueño
Está en los pechos turbado...
Ya los toma, ya los deja
Los pechos con gestos bellos;
Ya se ase á la madeja
Que su Madre ha de cabellos;
Gorjea y estira dellos
Como ruiseñor en prado...
Como recrea el abeja
En frutal bordado en flores,
Que de mil formas volteja
Por hacer miel y dulzores,
El Niño destes temores
Con la teta está ocupado...

Los hombres que navegando
Haltan tierras muy remotas
Cuando vuelven, que es ya cuando
Los estamos esperando
En el puerto con sus flotas,
Que nos digan les pedimos
Las novedades que vieron;
Y si algo nuevo oímos,
Más velamos que dormimos
Por saber lo que supieron...

No fueron éstos los únicos cultivadores de la poesía religiosa en aquel reinado (1). Al mismo género pertenece el *Cancionero* de Juan de Luzón, impreso en Zaragoza, 1508. Era su autor criado de Doña Juana de Aragón, duquesa de Frías y condesa de Haro: es cuanto sabemos de su persona. Su apellido induce á tenerle por madrileño; pero Gallardo nota en sus versos algunos galicismos, que más bien parecen catalanismos, por ejemplo *realme*. Ocupa la mayor parte del

(1) Por el nombre de su autor, que fué uno de los más insignes hebraizantes del siglo XVI, y uno de los principales colaboradores de la *Poliglota*, debe hacerse mención del *Tratado de loor de virtudes en metro castellano, compuesto por Alfonso de Zamora, regente en la Universidad de Alcalá* (Alcalá de Henares, por Miguel de Eguía, á XXIII dias de Enero de mil y quinientos y XXV), un tomito, en 12.º, de 83 hojas sin foliar. Hay también una edición del año anterior, la cual se describe en el *Registrum* de D. Fernando Colón.

Está escrito en versos cortos, y dividido en tres partes, de las cuales la primera trata de la brevedad de la vida y de sus trabajos, y de los provechos de la ciencia; la segunda de los siete pecados mortales, y la tercera de doctrinas generales.

Á este libro (que recuerda mucho los *Consejos* del Rabi Don Sem Tob) se refiere Gonzalo Fernández de Oviedo en sus *Quincuagenas*, cuando dice: «Un librero anda por ese mundo impreso de sentencias y doctrinas de la Sagrada Escritura, breve y que cuesta pocos dineros, y de mucho provecho y utilidad católica, el qual está en versos castellanos, y le compuso el docto maestro Alonso de Zamora, rigente en la Universidad de Alcalá de Henares.»

volumen un largo poema didáctico, en coplas de arte mayor, que el autor llama *Epilogación de la Moral Philosophía sobre las virtudes cardinales, contra los vicios y pecados*, dividido en cinco partes: la primera trata de la virtud en general, la segunda de la Justicia, la tercera de la Prudencia, la cuarta de la Fortaleza, la quinta de la Temperancia ó Templanza. Cada copla va seguida de un difuso comentario en prosa que nada de particular enseña, aunque algunas veces alude á personajes y sucesos contemporáneos, como la conquista de Nápoles por el Gran Capitán. Completan el volumen varias coplas de arte menor, en que están trovadas las contemplaciones de San Bernardo sobre la Pasión: paráfrasis de los salmos *Miserere* y *De profundis*, conforme á la glosa que sobre ellos hizo el Obispo de Valencia; el cántico ¡Oh gloriosa domina! y otros versos de devoción, entre ellos los *Gozos* del nacimiento de San Juan Bautista: en todo 397 coplas de arte mayor, y 225 de arte menor. En el *Miserere* y el *De Profundis* va engastado en la glosa castellana el texto latino del Salmo, en esta forma:

Miserere mei, Dios mío,
Pues me criaste por tuyo,
Y aunque lejos de ti huyo,
Perdona mi desvarío,
Perdona mi gran pecado,
Perdona mis malas obras,
Perdona en males mis sobras,
Y en bienes lo que he faltado...
De profundis anegado
En el hondo de los males,
De los pecados mortales
Y no de los veniales,
Porque se pasan á nado,
Clamavi he suplicado,
Ad te sólo en quien espero...

Luzón era ingenio de poca ó ninguna fantasía, y escribió más por ejercicio de piedad que de literatura. Sus propósitos de moralista cristiano los declara

él mismo en la dedicatoria: «Porque más se lea, co-
»nozca y use (la moral filosofía) quise sumarla en ro-
»mance castellano... y trobarla por metro, porque me-
»jor se guarde en la memoria, como quier quel arte
»de trobar está ya tan disfamado por la mala inten-
»ción de los que mal usan della, que no solamente to-
»dos los trovadores son tenidos por locos, pero tam-
»bién la misma arte por la culpa dellos es ya profa-
»nada, siendo de suyo de mucho ingenio y viveza» (1).

Quizá debemos añadir al catálogo de los poetas espirituales de este tiempo el nombre venerable del primer arzobispo de Granada, varón verdaderamente apostólico, Fr. Hernando de Talavera; si es suya, como afirma Fr. Juan de Pineda en su libro de la *Agri- cultura Cristiana* (2.ª parte, diálogo trigésimoprimo, Salamanca, 1589) cierta obra docta y devota sobre la *salutación angélica*, que allí se inserta, y también en otro libro del mismo P. Pineda, titulado *Vida y excelencias maravillosas del glorioso san Juan Baptista*

(1) Cancionero de / Iuā de Luzon. / *Epilogacion de la Moral Philosophia: / sobre las virtudes cardinales: contra los vicios y pecados mortales: proveida cō razones y auctoridades divinas / y humanas y cō exemplos anti- / guos y p̄sentes: glosada en lo necesario: aprovada por muchos theologos: cō / las cōteplaciones de / san Bernardo so- / bre la pasion: el Salmo Mise- / rere, de profun- / dis, o gloriosa do- / mina...*

(Al fin): *Acabada fue toda la psente obra el postrero dia d' l mes / de julio: de mil quinientos y seys años: en la ciudad de Bur- / gos cabeça de Castilla. Estando ende los muy altos muy poderosos y esclarecidos Principes, reyes y / señores el / señor rey don Felipe y la señora reyna doña Juana nuestros seño- / res. Y fué hecha y glosada por Iuan de luzon, criado d' la muy / excelente y muy catholica señora la señora doña Juana Daragon, duquesa de Frias, condesa de haro... Y fue imprimida / por industria de Jorge Coci Aleman en la muy noble ciudad / de Çaragoça: y acabose á xij dias del mes de Octubre del / año d' mill quinietos y ocho. 4.º gótico con signaturas a-n, todas de ocho hojas, menos la última, que tiene cuatro.*

(Barcelona, 1596). El estilo de este piadoso fragmento no difiere mucho del de Fr. Ambrosio Montesino, y pertenece manifiestamente á la época de Talavera, del cual sabemos, por su más antiguo biógrafo (1), que «en lugar de responsos hacia cantar algunas coplas devotísimas, correspondientes á las liciones. »De esta manera atraía el santo varón á la gente á los maytines como á la misa. Otras veces fazia hazer algunas devotas representaciones, tan devotas que eran más duros que piedras los que no echavan lágrimas de devoción.» No faltó quien dijese que esto era «mudar la universal costumbre de la Iglesia, y que era cosa nueva decirse en la iglesia cosa en lengua castellana; y murmuraban dello fasta decir que era cosa supersticiosa»; pero aquel santo varón, que veía el fruto que por tales medios iba logrando cada día en la conversión de judíos y moros, «tuvo estos ladridos por picaduras de moscas y por saetas echadas por manos de niños» (2).

(1) El autor de la *Breve suma de la santa vida del reverendísimo y bienaventurado don Fr. Hernando de Talavera*, contenida en el mismo códice de la Academia de la Historia donde están los versos de Álvarez Gato.

(2) ¿Tendrá algo que ver con estas coplas y representaciones devotas, compuestas ó mandadas componer por Fr. Hernando de Talavera, el rarísimo libro siguiente, que sólo conocemos por las sucintas noticias que dan de él Salvá y los traductores de Ticknor?

— *Cancionero Espiritual, en el qual se tratan muchas y muy excelentes obras sobre la concepción de la gloriosísima Virgen nuestra señora Sancta Maria y de las letras de su nombre, con un passo del nascimiento, y otras muchas cosas en su loor. Y assi mesmo se tratan muy excelentes maravillas de la pasión de xpto. y del combate del corazón espiritual y del ansia del amor de Dios. Y otros muy maravillosos dichos y canciones del mundo vueltas á lo divino, todo en metros diferentes. Hecho por un religioso de la orden del bienaventurado Sant Hieronimo.*

(Al fin): *Fué impressa la presente obra intitulada Cancionero es-*

Continuaron en este reinado escribiéndose largos poemas dantescos y alegóricos, ya de materia sagrada, ya de tema historial profano, en el metro y estilo de las *Trescientas* de Juan de Mena. El poeta que á

piritual: en la muy noble villa de Valladolid, en casa del honrrado varón Juan de Villaquirán, impressor a costa y misión del auctor... Acabóse a quatro dias de hebrero de mil y quinientos y XLIX años. 4.º gótico, á dos columnas, 56 hojas.

Parece que la composición más larga del tomo es una disputa alegórica, en quintillas dobles, con este título: *Obra llamada combate del corazón, en que se introduzen seys capitanes que le guerrear y fatigan, que son Ansia, Tristeza, Cuidado, Temor, Dolor y Passion.* Hay también villancicos y un paso ó égloga al Nacimiento: todo ello en el gusto de fines del siglo xv, ó de los primeros años del xvi, más bien que de la fecha bastante adelantada en que se imprimió el libro. El autor ocultó su nombre por esta consideración que en el prólogo expone: «Porque casi los más de los que han cursado este arte se han encaminado á motivos profanos y amores no castos, y aun también porque viendo las personas nobles y de calidad (que tan aficionadas fueron antes á metrificar) que cada persona baxa se ponía á hacer coplas, y muchas de ellas torpes, las dexaron ellos de hacer, pareciéndoles derogarse su autoridad; y assi le ha acaescido á este exercicio lo que algún tiempo acaesció á los trajes, que viendo los señores ataviarse de sedas los muy baxos populares, comenzaron ellos á se vestir de paños viles y de poco precio.»

No afirmaré que este monje jerónimo, de quien nada dice Fr. José de Sigüenza en la *Historia* de su orden, sea el mismo Fr. Hernando de Talavera, pero á lo menos debe tenérsele por imitador suyo.